

*sangre y que conservase su salud mi prisionero; por mas que sé que el emperador mi amo no ha tenido en sus guerras mas rudo ni incómodo enemigo*¹. »

(*Memorias del caballero Bayardo.*)

No habia pasado un año cuando el general Hoche, su amigo, habia ido á reunírsele, y á descansar con él en la misma tumba, pero menos feliz que él, murió envenenado.

Estos dos generales, cada uno de los cuales habia mandado en jefe tres ejércitos, y llenado el mundo con su fama, tenian apenas cincuenta y cuatro años entre los dos.

En el mes de marzo de 1817, el oficial de ingenieros prusiano que dirigia las nuevas fortificaciones del fuerte de Petersberg, vió que el monumento del general francés estorbaba á sus planos, y le derribó; mas advertido por el rumor público del sacrilegio que habia cometido, mandó el rey de Prusia que este monumento se reedificase en la llanura. Entonces se reunieron los dos sepuleros en uno solo.

Este fué el último homenaje tributado á la memoria del general Marceau.

¹ Alusion á las palabras del general austriaco, baron de Kray.

SAN GOAR.

A las seis de la mañana, la campana del buque nos llamó á bordo; al volver á él encontré á Mr. Leroy ya levantado, el cual en su cualidad de propietario administrador, habia querido ir á recomendarnos por sí mismo al capitán, á fin de que si nos agradaba bajar en algun paraje donde no hubiese desembarcadero, pusiesen la chalupa á nuestras órdenes. Me llevó además un precioso álbum con todas las vistas del Rhin, el que me suplicó llevase conmigo en recuerdo del bonito país que acababa de recorrer.

Habia perdido á mis dos ingleses: probablemente habian llegado en aquel momento á Maguncia, porque en lugar de bajar como yo á Coblentza, habian continuado su camino, ansiosos como se encontraban de ver el estado del sepulcro de aquella buena milady. Mas en revancha, volví á encontrar

á los dos novios holandeses, que estaban amorosamente sobre el puente, entrelazados sus dedos á la vista de todo el mundo; habian hecho la peregrinacion á Rolandseck, y habian vuelto de allí con un aumento notable de ternura. Esto fué al menos lo que me dijo con un gesto muy malicioso el novio, mientras la novia bajaba la cabeza y hacia todo lo que podia por ruborizarse.

Al salir de Coblentza se ve á la derecha, y por consiguiente en la orilla izquierda del rio, una de las ruinas más bonitas de las orillas del Rhin; aquel era el castillo de Holzensfelds. Y sin embargo, estas ruinas que pertenecian á la ciudad de Coblentza, estuvieron cerca de dos años en venta por diez luises, sin que excitasen el deseo en ningun viajero de comprarlas; viendo lo cual, el consejo municipal se las regaló al príncipe real. Como el príncipe real es un perfecto artista y hombre de gusto, apreció el regalo, i zo restaurar y amueblar por el estlo gótico una de las mejores habitaciones: puso en ellas un guarda, y le autorizó para enseñar el castillo á los extranjeros; desde entonces ha habido ingleses que han ofrecido por él hasta mil libras esterlinas. Frente está el castillo de Lasneck, que domina el pequeño rio de este nombre que desagua en el Rhin; y un poco mas distante la ciudad de Oberlanstein, toda erizada de torres, y semejante á una antigua ciudad feudal.

No tarda en encontrarse el viajero frente á la pequeña ciudad de Rhensée, donde se encontraba en otro tiempo el *famoso Sitio Real*, que fué demolido en 1802 por los Franceses, del que cuatro piedras tan solo de mediana dimension, y que se ven en medio del Rhin, á cuatrocientos pasos poco mas ó menos por bajo de la ciudad, indican al presente el sitio: en este Kænigstuhl es donde se reunian los electores del Rhin para deliberar sobre los intereses de Alemania, y se habia erigido en aquel lugar porque los cuatro eseritorios de los cuatro electores se unian allí como los rayos de una estrella. Desde lo alto de las sillas se veían al mismo tiempo cuatro ciudades pequeñas: Sanstein, en el territorio de Maguncia; Capellen, en el de Tréveris; Rhensée en el de Colonia; y en fin, Branbach, feudo palatino. Frente, en la otra orilla del Rhin, está la pequeña capilla donde en 1400 los electores, despues de terminada su deliberacion acerca de Kænigstuhl, declararon al emperador Wenceslao destituido del trono.

Apenas se ha tenido tiempo de dirigir una mirada sobre las ruinas del Sitio Real y la capilla histórica que está unida á él por ese gran acontecimiento, nos encontramos delante del castillo de Marksburg, perteneciente al duque de Nassau. Es un antiguo castillo feudal muy bien conservado, y que es hoy una prision muy pintoresca, donde entre

II.

otros prisioneros de Estado, cuando nosotros pasamos, estaba un primo de Mr. de Metternich, que llevaba el mismo nombre que él, y el cual, en el motin del 5 de junio, que como se sabe, tuvo gran eco en Francfort, tuvo la idea de enarbolar sobre el Johannisberg la bandera nacional. Desgraciadamente para el pobre jóven, probablemente habia bruma en aquel momento sobre el Rhin, de modo que la bandera no fué vista mas que por los espías de la Prusia, los cuales le arrestaron y condujeron al castillo de Marksburg, donde pudo ver para recrearse los instrumentos de tortura que se conservan allí, felizmente tambien como un simple objeto de curiosidad. Se puede visitar el castillo, pero como para obtener este favor se necesita un certificado de buena vida y costumbres, dado por la Santa Alianza, y no me habia yo provisto de tan importante documento, forzoso me fué, con gran sentimiento mio, pasar adelante. En esta misma ribera del Rhin, y subiendo algunas millas, es donde se recoge la uva cuyo famoso vino se llama Leche de la Virgen.

Muy pronto perdimos de vista el magnífico castillo-prision, porque el Rhin tiene una de sus curvas mas pronunciadas desde Marksburg á Boppart. En su ángulo mas notable se eleva la pequeña ciudad de Boppart, la antigua Bandobriga de los Romanos, cuyas murallas están edificadas sobre los

cimientos de un fuerte de Druso. Esta es la patria del emperador Enrique VIII, que nació allí en 1312.

Desde Boppart se ve en lo alto de una montaña bifurcada, los dos castillos de los Dos Hermanos: son dos de las mas antiguas ruinas del Rhin, porque su abandono data, segun dicen, del siglo xiii. Estaban habitados por dos hermanos gemelos que se parecian de tal modo, que algunas veces sucedió á sus mismos padres tomarlos uno por otro. Vivieron en la union mas perfecta hasta la edad de veinte y cinco años, mas al llegar á esta edad, los dos se enamoraron de la misma mujer, y la discordia comenzó entre ellos. No tardaron en llegar las cosas á punto que no queriendo cederla ni el uno ni el otro, resolvieron disputársela por las armas. Advertida de esta resolucion la dama de sus sangrientos pensamientos, acudió á procurar ponerlos de acuerdo, mas la dijeron que los dos hermanos habian salido juntos, dirigiéndose hácia el valle. Hizo que la indicasen el camino que habian tomado, y fué en su seguimiento; á la mitad de la pendiente de la montaña próximamente, oyó el zic-zac de sus espadas; dobló el paso, pero por mas ligera que fué, llegó demasiado tarde, y cuando estuvo en el campo de batalla, encontró á los dos desventurados hermanos tendidos el uno sobre el otro, como Eteocles y Polydice. Desesperada por

haber sido la causa de un doble fratricidio, se retiró al convento de Marienberg, que se descubre mas arriba de Boppart, y murió allí religiosa. En cuanto á los castillos de los Dos Hermanos, desde aquel dia quedaron inhabitados.

San Goar es no solo un desembarcadero, sino tambien una peregrinacion. En otro tiempo un bonito castillo fortificado velaba sobre la ciudad, pero en 1794 hicimos volar sus murallas. Un posadero ha entrado allí por la brecha, y ha edificado en él una posada.

El antiguo santo que dió su nombre á la ciudad, tambien ha perdido materialmente algo con el paso de los Franceses; pero moralmente, ha conservado una influencia aun demasiado grande para el siglo XIX.

Hé aquí cómo san Goar ha merecido esta gran reputacion, que hoy se extiende todavía desde Strasburgo á Nimega.

San Goar era contemporáneo de Carlo-Magno, y por consecuencia asistió á la lucha del gran emperador contra los infieles. Por mucho tiempo sintió el santo amargamente no poder ayudar al hijo de Pepino de otro modo que con sus oraciones. San Goar no solo era ermitaño, sino tambien batelero. Se entregaba á este sentimiento al mismo tiempo que iba á la orilla derecha del Rhin á salir al encuentro á un viajero que le habia hecho señal de

que le fuera á buscar, cuando de repente se le ocurrió una idea que le pareció era de tal modo una inspiracion del cielo, que resolvió ponerla al instante mismo en ejecucion.

En efecto, apenas san Goar se encontró con el viajero en medio del Rhin, es decir, en el sitio en que el rio es mas rápido y profundo, cuando cesando de repente de remar, preguntó á su pasajero de qué religion era, y sabiendo que se las habia con un hereje, dejó el remo, se arrojó sobre él, le bautizó en un abrir y cerrar de ojos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, é inmediatamente, temiendo que un bautismo administrado de aquel modo perdiese su virtud, arrojó al nuevo convertido en el rio, que le llevó directamente al paraíso. En la misma noche se apareció á san Goar el alma del ahogado, y en lugar de reprenderle el modo algo brutal con que le habia obligado á salir de este mundo, le dió gracias por haberle procurado la eterna felicidad. No necesitó mas el santo con las disposiciones naturales que tenia, para lanzarse en aquel nuevo camino de conversiones; así desde aquel momento, se pasaron pocos dias que no fuesen señalados con alguna conversion nueva. Cuando trataba con un cristiano, por el contrario, san Goar no se contentaba con pasarle el Rhin; le conducia á su ermita, y allí dividia con él los dones que la piedad de los fieles le proporcionaba, con tal

prodigalidad, que aumentándose de día en día, probaban que la reputacion del santo era cada vez mayor.

Esta gran reputacion llegó hasta Carlo-Magno, quien en su cualidad de inteligente, apreciaba el medio de conversion adoptado por san Goar, y resolvió no dejar sin recompensa á tan poderoso auxiliar. Fué, pues, como un simple extranjero á pasar el Rhin, y habiendo hecho la seña acostumbrada, vió dirigirse hácia él al buen ermitaño; pero su deseo de pasar de incógnito el rio quedó sin resultado, porque Dios habia impreso en su rostro tal majestad, que san Goar le reconoció aun antes de que hubiese puesto el pié en la barca.

Semejante huésped debia dejar la huella de su paso; así, en cuanto llegó á la otra orilla, y habiendo bebido de un vinillo que le pareció agradable, Carlo-Magno pidió noticias acerca de la tierra que lo producía, y habiendo sabido que estaba de venta, la compró y la regaló á la ermita, prometiéndole al ermitaño enviarle un tonel y una argolla.

Efectivamente, algunas semanas despues del paso del emperador, san Goar recibió los dos objetos prometidos. Ambos eran obras del encantador Merlin, y cada uno tenia su propiedad particular. El tonel, al contrario del de las Danaides, estaba siempre lleno, siempre que no se sacase el vino

mas que por la espita; en cuanto al collar era una cosa muy distinta.

En la expansion de la conferencia, san Goar se habia quejado á Carlo-Magno de la mala fe de los infieles, puesto que sabiendo ya las costumbres de san Goar, en vez de confesar su herejía, respondian sencillamente que eran cristianos, atravesaban el rio, bebían su vino, y se iban haciéndole gestos. Y no habia remedio para evitar esto, no diferenciando nada á un cristiano de un hereje que hace la seña de la cruz.

Este inconveniente era el que el emperador Carlos prometió obviar, y para cumplir su promesa le envió el collar preparado por Merlin.

En efecto, el collar tenia una virtud particular; apenas habia tocado al cutis, conocia con quién se las habia; si era con un cristiano permanecia en su *statu quo*, y dejaba pasar tranquilamente el vino de la boca á su estómago; si era un hereje, se estrechaba inmediatamente hasta reducirse á la mitad, de modo, que el bebedor soltaba el vaso, sacaba la lengua y ponía los ojos en blanco. Entonces san Goar, que estaba junto á el con una taza de agua, le bautizaba apresuradamente; y él resultado era el mismo. Eran, pues, inapreciables y hechos para estar juntos, ambos dones del tonel y de la argolla.

San Goar conocia el valor de este regalo; por

tanto, no solo hizo uso de él toda su vida, sino que mandó á los frailes, que se habian reunido á él, y que le hicieron superior de una abadía que fundaron, que le siguiesen despues que él muriera. Los frailes no dejaron de hacerlo, y el collar y el tonel milagrosos atravesaron los siglos conservando su poder.

Desgraciadamente en 1794 se apoderaron los Franceses de San Goar tan de improviso, que no tuvieron tiempo los frailes de poner en salvo su tonel. Al entrar en el convento el primer cuidado de los vencedores fué bajar á la bodega, y como por una sola espita no corria bastante vino para apagar su sed, emplearon el expediente usado en semejantes casos, y dispararon tres ó cuatro pistoletazos al bienaventurado barril, sin tomarse el trabajo de tapar el agujero de las balas. Por la noche el regimiento estaba borracho, pero el tonel, cuyo encantamiento se habia deshecho, estaba para siempre vacío.

En cuanto á la argolla, el tambor mayor la cogió para hacer con ella un collar á su perro, y los aficionados á arqueología pueden verle tal como se conservaba aun en 1809 en el lindo cuadro de Horacio Vernet, titulado el *Perro del Regimiento*.

Mas desde 1812 no se sabe qué ha sido de él, habiéndose helado el pobre perrillo con su amo en la retirada de Rusia.

EL LORE-LEI.

Por lo demás, San Goar tiene para su reputacion un terrible vecino, ó mas bien, una temible vecina, que es la hada *Lore*, que ha dado su nombre á una inmensa roca cortada á pico, que se encuentra á medio cuarto de legua mas arriba de las ruinas de Katzeneilen, y que por ella se llama *Lore-Lei*.

Desde Coblentza oíamos hablar de aquel paso del Rhin, no solo por la leyenda poética que va unida á él, sino como el mas vistoso que el rio presenta á los viajeros en todo su curso. En efecto, al atravesar este sitio, los viajeros mas indiferentes habian subido al puente y reinaba en toda la tripulacion una agitacion tradicional como la que se observa en el Ródano al aproximarse al puente del Espíritu Santo. Y efectivamente, en aquel sitio el Rhin se estrecha y se hace sombrío, su curso adquiere mas rapidez; porque en un espacio de qui-